IX- Preámbulo del libro /preamble of the book

Conforme iban atravesando el espacio surcando el aire por encima de las aguas azules, el hombre dijo a la niña:
- Cuando yo era pequeño y vivía en el mundo de la materia del Planeta Tierra, mil veces soñé lo que ahora estamos realizando. Volar por el aire como las aves de los postes o las nubes que en otoño cubren los cielos. Nunca pude vivir este sueño pero ahora, ya estás viendo.
Pregunto la niña:
- ¿Y fue bonito lo que viviste de niño en el planeta en que ahora vivo yo?
- Me gustaría contarte, si no todo, en parte, aquel mundo de mi niñez. Todo fue hermoso pero tuve sueños que transportaban a mundos maravillosos como este en que ahora estamos.

En la explanada, por delante del gran edificio blanco en el lado de la parte alta de la montaña, los dos lentamente se pararon. Con la suavidad de una broma y como si todo los abrazaba con la amabilidad del mejor amigo. Miró la pequeña para la entrada del edificio y al verlo tan bonito, de nuevo preguntó:
- ¿Aquí vives tú?
- Sí y no porque la dimensión en que ahora soy, no tengo necesidad de vivir en un lugar concreto.
- ¿Entonces?
- Este bonito, limpio y silencioso edificio, es casi semejante a lo que ella sueña tener en los momentos en que tocaba su guitarra por la Carrera del Darro. Es parte de su sueño y por eso, ahí dentro, guardo los sencillos pero hermosos recuerdos que me regaló.
- ¿Pero verlos?
- Quiero mostrárselo. Pero antes de entrar a este edificio, voy a hablarte brevemente de algunos de los sueños que imaginé millones de veces cuando era niño en el planeta Tierra.
- ¿Qué sueños?

Miró hombre para el levante, lado en que, en la otra dimensión, se alzaban las cumbres de Sierra Nevada. Respiró profundamente y después de un minuto en silencio, narró:
- Cuando era niño en la dimensión en que tú vives ahora, una de las cosas que más me fascinaban era el “Collado del Infinito”. Un lugar parecido a este que vemos al frente, lleno de vegetación, tortuosas y larga sendas y con horizontes azules al otro lado. Mil tardes, al caer el sol, subía yo a este collado y miraba y miraba hacia el lejano y azul horizonte. Porque me intrigaba mucho pensar en los maravillosos mundos es que por aquellos entonces creían que existían. Imaginaba mundos maravillosos, llenos de tonos, animales, plantas, agua olores y colores. Mundos en los cuales solo existían serenidad, paz y armonía que es lo que todas las personas buscamos a lo largo de su vida a su paso por el Planeta Tierra.

Nunca llegué a descubrir ni siquiera una pequeña porción de los mundos que imaginaba en aquellos horizontes azules. Pero no me importaba. Me sentaba en una gran piedra caliza y de color blanco, a la sombra de una vieja encina y allí me quedaba horas y horas. Simplemente mirando y soñando. Y soñaba con tanta fuerza, que en más de una ocasión me parecía ver, a lo lejos, por entre las nubes blancas y los caminos tapizados de hierba, a delicadas hadas y bellísimas princesas. Seres maravillosos que regalaban a mi alma sensaciones muy placenteras.

Pasó el tiempo, me hice mayor, cambie de lugar y dejé de estar presente en aquel territorio. Por las noches los he soñada una y otra vez y esto me ayudó a descubrir algo muy valioso: la necesidad que en mi corazón existía de situaciones y mundos diferentes y muchos mejores que los que me rodeaban. Y descubrí que está necesidad no estaba solo en mí. Noté que otras personas, muchas, quizá todas, también tenían en sus corazones estas necesidades. Nada de lo que nos rodea, vemos y realizamos a diario en el mundo de la materia, nos satisface y realiza plenamente. Creemos que sí cuando llegamos a un sitio o comenzamos algo nuevo. Pero al poco, empezamos a estar insatisfechos. ¿Y sabes tú por qué es esto?

La pequeña al lado del hombre de la túnica blanca y notando cada vez más que no comprendía algunas cosas a pesar de la belleza de lo que estaba viendo, preguntó:
- ¿Por qué sucede lo que me estás diciendo?
- Porque las personas, todas, todas, tenemos en nuestro cuerpo un complejo y maravilloso mundo espiritual llamado “alma” que necesita de alimentos y mundos distintos a los que hay en la materia. Nuestra alma, la esencia real de cada persona, siempre y en todo momento, quiere y desea universos y realidades celestiales. Universos y mundos que solo se encuentran en ese ente que llamamos Dios.

Después de un rato en silencio, preguntó de nuevo la niña:
-No puedo comprender lo que me dices pero si quiero preguntarte ¿sirve para algo enfadarse con las personas?
- Esta misma pregunta, me la he hecho yo millones de veces cuando tenía mi vida en el mundo de la materia. Y después de tanta en que tú y, llegué a la conclusión y ahora estoy plenamente convencido de ello, que no sirve de nada enfadarse o discutir con las personas. Se comprueba esto al final de la vida y, es entonces cuando se ve claro qué es vano y carece de sentido enfadarse a luchar por las pequeñas

cosas materiales. Esta actitud, empobrece, ciega los ojos del alma y reduce la vida de las personas a mundo realmente pequeño y sin futuro en ningún lugar del universo.

En este punto, detuvo el hombre el argumento que estaba razonando con la niña. Se movió un poco para el lado en que se veía a la entrada de la casa y, con varios gestos, ánimo a la joven para que lo acompañara. Camino ella muy cerca del que le guiará y en sólo unos metros ya pisaba en la entrada de este edificio. Intrigada ella cada vez más, miraba y miraba sin alcanzar a comprender del todo. Pero ahora, aunque en su interior sí existían señales de duda, no preguntó nada. Atravesaron una gran sala amplia, toda muy iluminada en tonos dorados, algo azules, verdes agua y matizado con reflejos granates. Ahora sí comentó ella:
- Tampoco yo nunca en mi vida he visto por ningún sitio algo tan delicado y bello como esto. ¿De dónde procede está tan maravillosa iluminación?
- Puedo explicártelo pero no lo comprenderías. Lo que sí te digo es que la realidad en que ahora mismo estás, nada tiene que ver con lo que conoces y conocí yo cuando vivía en ese mundo. Aquí "ni ojos vieron ni oído oyó", algo semejante.

El pavimento de la sala era semejante al cristal líquido, algo transparente pero muy sólido. Las paredes y techos parecían finas y a la vez opacas nubes de algodón en tono verde oliva. Según cruzaban esta sala como en dirección contraria a la que habían traído surcando el aire, la pequeña comenzó a ver como una gran ventana. Al fondo de la amplia sala y que se abría hacia las aguas del lago y ladera de enfrente. Muchas flores, a un lado y otro, decoraban la abertura de esta ventana por donde entraban chorros de luz, aire y aromas a bosque.

Preguntó ella:
- ¿Quién ha sido el constructor de un palacio tan bonito como éste?
- Nadie ha construido este palacio sino mi sueño y el de ella.
- ¿Y esta ventana en forma de maravilloso balcón?
- Voy a contarte una pequeña historia para que conozca algo mejor lo que por aquí estás viendo.

Los dos se asomaron al balcón que daba a las verdes aguas del río lago. Mirando al frente y como perdido por los bosques de la ladera que al otro lado se alzaba, el hombre narró a la pequeña:
- Cuando ella, en las frías tardes de invierno, en las perfumadas también tardes de primavera y en la muy calurosas tardes de verano, tocaba su guitarra por la Carrera del Darro, siempre al verla, varias cosas se agitaban con fuerza en mi corazón: su menudo cuerpo, cara redonda y pelo rubio, delicadamente decorada por una muy limpia sonrisa y sus ojos, imploraban cariño, respeto y apoyo. Toda en sí, dejaba traslucir desnudez. Anunciaba necesidad hasta de lo más básico y, por supuesto, pedía a gritos algunas monedas para comprarse lo esencial: alimentos, ropa y algún capricho. Esto que te digo, avivaba en mi corazón deseos de ofrecerle apoyo y respeto.

Otra cosa que removía mi alma llenándola de belleza y simpatía hacia ella, era la música que arrancaba a las cuerdas de su guitarra. Nunca antes, por esta singular calle de Granada, ninguna persona ha sembrado armonías y sonidos tan delicados. Y esto, en mi interior vibraba con fuerza. Por eso cuando al final se marchó, comencé a echarla de menos y anotar el vacío de sus armonías. Seguí recorriendo esta calle cada tarde y, al pasar por donde me la había encontrado días atrás tocando su guitarra, mi espíritu se entristecía. Tanto que, en más de una ocasión, me parecía verla de verdad. Sabía que era imposible y también que ya nunca más volvería y esto hacía más intenso mi dolor.

Una tarde, ya al final del verano y a tan sólo unos días para el comienzo del curso universitario, al pasar por esta Carrera del Darro, me sorprendí. Conforme iba andando, hoy y sonidos de guitarra. Mi mente, enseguida pensó en ella. Me dije: "Pero no puede ser porque en estos días y momentos, se encuentra lejos de esta ciudad. Y sé que se marchó de aquí para no volver más". Miré y, justo a la altura del puente de Espinosa, al otro lado del río, vi un edificio. Una casa grande, vieja, color ocre, con puertas de madera también muy viejas y con varias ventanas que dan al cauce del río. Entre la calle que yo recorría y la ventana que te digo, se interponían varias ramas de árboles: fresnos y sauces. Por entre estas ramas, en la ventana, vi a un joven sentado tocando la guitarra.

Durante un rato, estuve oyendo y observando y aquella misma noche le escribí a ella explicándole: "Por la Carrera del Darro, un poco más arriba de donde tu tocabas la guitarra, puente de Espinosa a la altura del Bañuelo, llevo varias tardes viendo a un muchacho tocando su guitarra. Toca música clásica pero no con la elegancia y belleza con que lo hacías tú. Lo veo sentado en la ventana de una casa que hay al otro lado del río, pone una cesta pequeña en el muro del río casi a la altura del Bañuelo y la gente al pasar y oír la música, mira y lo ven en la ventana donde está sentado tocando la guitarra con un amplificador. En la cesta que pone en el muro del río, vigilada por él desde la ventana, algunas personas dejan monedas. En esta cesta él ha colocado algunos discos con grabaciones de su música. Al ver a este joven y oír la música de guitarra, siempre me acuerdo de ti. Es el rincón que tanto te gusta, junto al río Darro y frente a la Alhambra".

Desde este original balcón frente a las azules aguas del lago, la pequeña observaba muda mientras estaba atenta a lo que el hombre le relataba. Al quedarse en silencio, ella preguntó:

- Hay mucha belleza en todo lo que me cuentas de esta joven. Pero también a veces, siento como pena por lo que en ella creo que había. Adivino que estaba como muy desamparada, con escasez hasta de las cosas más básicas y también de amigos y personas que realmente la quisiera de verdad. ¿Por qué me dices que nunca más volvió a Granada con lo mucho que en su corazón lo deseaba?